

MARÍA SAAVEDRA MONTAÑO

Mujer de respeto



Cada noche, antes de dormirse, María Saavedra coge entre sus manos la fotografía de su marido, cierra los ojos y se cobija entre la algarabía de sus recuerdos. Entonces los fotogramas se suceden y, en ese ayer que parece hoy, aparecen sus tres hijos varones, la tienda de ultramarinos, el esposo que, como cada día, le besa al llegar de trabajar... Ella es joven y feliz. El sentimiento, casi medio siglo después, la persigue con la misma intensidad.

Tengo el sentimiento
de que dejo
la tierra sembrada

Ahora su pelo es corto y blanco, pero su cuerpo conserva la altivez del pasado. Su memoria no admite equivocaciones. A sus 81 años, esa vida larga, y a la vez breve como un suspiro, continua intacta en su mente. Actualmente escribe sus memorias, que no descarta publicar, donde la saga familiar comienza con la vida de sus progenitores. Lleva puestos unos pendientes. El sol y la luna están grabados. Se trata de una joya familiar que su padre le regaló a su esposa el día de su boda.

"Mi infancia fue muy feliz. En casa éramos gitanos y, en la calle, ciudadanos cualquiera. Mi madre nos enseñó qué teníamos que hacer y respetar. Mi padre era corredor de fincas y, de hecho, tenía alguna en Santa Marta de los Barros, el pueblo donde nací y me crié. Un hermano mío era escribiente en el ayuntamiento... otro trabajaba en un negocio de tejidos... mi abuelo materno era sargento del ejército..."

Durante un período fue al colegio. Hablamos de los años 30. A pesar de que varias profesoras insistieron en cambiar la decisión materna, finalmente la Señora de Saavedra decidió retirar a su hija del colegio. "No es por echarme flores, pero era de las primeras de la clase. Cuando mi madre me quitó del colegio ya me defendía escribiendo y leyendo. Me gustaban mucho los versos, las matemáticas y aprender. También hago muy buenos bordados. Mis hermanos varones tuvieron más educación. Yo era la única chica y me dieron menos libertad. Nos educaron muy bien y con mucho orden. He tenido una vida muy bonita, alegre, libre, sana y muy gitana."

Hoy en día, María Saavedra es, además de una mujer de respeto en su comunidad, buena consejera. "Soy gitana en mi sangre y en mis tradiciones. Donde quiera que voy, y si se tercia, no puedo aguantar el decir que soy gitana. Por la mirada los conozco. Me gustaría que no se perdieran las costumbres, nuestro respeto y unión. El gitano a veces huye de la sociedad porque lo rechazan. Hablo con ellos y les oriento para que sus hijos vayan a la escuela y aprendan, lo que les evitará ser

insociables. Al fin y al cabo no pasa nada porque seamos gitanos. Hay ese miedo a cierta edad, pero yo pienso al contrario. Si me pillara en estas fechas, que ya conozco la vida, hubiese estudiado y hoy sería maestra."

"También soy gitana en el casamiento. Las rosas en el pañuelo... eso lo siento y lloro. Como tengo edad estoy en la habitación, donde los novios no entran. Soy una mujer de respeto y me llaman a las bodas, sea familia o no, que es el mayor reconocimiento. Yo tengo mi prenda guardada, ya que se lo pedí a mi suegra antes de que muriese. También les doy consejos para la vida, para que eduquen a las niñas como gitanas y, si no hay dinero para carreras, que las lleven al colegio."

Aunque no le faltaron pretendientes, María siempre tuvo las ideas muy claras en este punto. Reconoce que llevaba una vida muy buena, no les prestaba atención y nunca fue coqueta con los hombres para que no le salieran novios. Antes de contraer matrimonio se dedicaba a las tareas del hogar, visitaba la Feria de Zafra, viajaba a Sevilla y Huelva con su hermano anti-cuario e iba a la iglesia como buena católica, apostólica y romana que sigue siendo. Pero el 23 de junio de 1946, la noche de San Juan... "nos enamoramos, fue el flechazo. Hasta ese momento nos hablábamos sin intenciones. Por aquel entonces yo tenía 24 años y, tras 11 meses hablando, nos casamos. Pensé que ya era cierta edad. De soltera tuve momentos muy buenos y, de casada, formidables. Viví muy feliz. Antonio era tratante de bestias, compraba y vendía caballería, una profesión muy pesada..."

El matrimonio tuvo tres hijos. El primero, Valentín, nació en Santa Marta. Los dos restantes en Fuente del Canto, localidad donde se trasladaron al cabo de unos años y, mediante traspaso, montaron una tienda de ultramarinos. "Yo regentaba el negocio y mientras, mi marido, ofertaba género en la calle. Vendíamos toda la matanza del cerdo, legumbres, latas, paquetería, ropa, etc. Cuando yo trabajaba me sentía muy contenta, me gustaba. Costeamos los estudios de los tres hijos. Queríamos que fuesen hombres de provecho y, hoy en día, los tres trabajan, se les quiere, respeta y saben mantenerse en su sitio. A los niños hay que educarlos desde chiquititos. Ya en 1955 pagaba un real por cada uno en la guardería. Cuando crecieron volvimos a Santa Marta de nuevo y montamos una cafetería. Luego volvimos de nuevo a Badajoz para que el pequeño estudiara primero de Maestría Industrial, carrera que también eligió el mayor. Paco, el mediano, es Director de Orquesta y dirige el Conservatorio de Música en Zafra. Y luego nos marchamos a Madrid, donde mi marido trabajó durante siete años en una portería de la calle Doctor Esquerdo."

A sus 81 años, encuentra la vida muy diferente. Según afirma, la paciencia es buena consejera. El respeto, la ausencia de celos y de dominación, la clave de un buen matrimonio. Respecto al cambio generacional, reconoce que la transformación en cuestión de trabajo y formación es positiva. "Me gusta que avancen siempre que respeten lo que son. Se puede trabajar y ser gitana. Ahora la mujer va bien vestida, perfecta, maquillada, y eso me gusta. No obstante, a veces son poco recatadas y eso no lo veo bien. La situación ideal sería la de una gitana presentable que se relacionase en la sociedad."

María Saavedra pertenece a la Asociación de Viudas de Santa Marta. A pesar de la soledad insalvable que provoca la falta de su marido, realiza algún que otro viaje. Tiene el orgullo de haber presenciado en Roma la beatificación del gitano *El Pelé*. "He trabajado contenta, he educado a mis hijos y estoy feliz con ellos. Mi marido y yo hemos vivido para los niños y mi casa. El día que, cuando Dios quiera, muera, tengo el sentimiento de que dejo la tierra sembrada."

El gitano es como es y no se parece a nadie.
Como debe de ser.
Así fueron nuestros abuelos
y nuestros padres.
Así serán nuestros hijos, gitanos de vida y sangre.

M.S.M.

*María Saavedra Montaña nació el 17 de septiembre de 1921.
Regentó durante varios años una tienda de ultramarinos y luego una cafetería.
Es viuda y tiene tres hijos.
Sus aficiones son la lectura, hacer punto, bordar y escribir.*